

exteriores



Cisco Descarrega, ZAHORÍ, EN EL MOLINO QUE SACA AGUA DE SU FINCA DE LA FATARELLA

Aguas íntimas

Hay que subir a La Fatarella para comprender por qué a esa comarca se la llama la Terra Alta. El río Ebro queda muy lejos y los horizontes son siempre un festón de pinos o de almendros sobre las crestas de los barrancos. A primera hora de la tarde los alrededores de La Fatarella son como una sala de conciertos donde se escucha la música del secano: corales de cigarras, el contrabajo del viento entre los pinos, el aplauso de los pámpanos y el ronroneo lejano de algún tractor doliente. El agua debe estar, pero está bien escondida. Y para eso hay que haber desarrollado unas aptitudes curiosas como las que posee Cisco Descarrega, zahorí, un oficio que casi parece un título nobiliario de Oriente, pero que sirve de puente entre la tacañería de la naturaleza y la tenacidad humana.

—¿Lo ve? Agua hay. Lo que cuesta es encontrarla.

Desde la terraza del Casal de La Fatarella el señor Descarrega señala la gran piscina azul que, a estas horas, está llena de niños. El Casal concentra la actividad de un pueblo que, desde las primeras elecciones municipales, se ha convertido en un símbolo de independencia política. Se trata de un ayuntamiento resistente formado

por candidaturas muy apegadas a la tierra y muy poco a los partidos.

—El alcalde tiene 40 años y el concejal más joven 27. A esas edades se pueden hacer cosas. Y las hacen. Vengan, les enseñaré cómo funciona eso del agua.

Por caminos polvorientos llegamos a unos bancales de almendros y viñas. En el centro del pequeño valle se encuentra un molino de viento al que está conectada una manguera. Unos metros más arriba, aprovechando una oquedad del terreno, el señor Descarrega ha construido una suerte de estanque de aguas claras. Más que un estanque, tratándose de un zahorí, es casi una tesis doctoral.

Todo su instrumental cabe en un estuche pequeño, como si fuera un arco de violín o un bisturí del cirujano que abre la piel del mundo para saber qué es lo que hay debajo. Como asiendo las bridas de un caballo invisible, las riendas le llevan hasta un lugar cualquiera. Clava sus pies sobre los terrones y dice sencillamente: “¡Aquí!”. Y un poco más lejos el giro fértil del molino hace subrayar su afirmación y la tierra, de golpe, parece un globo transparente. Hay quien persiguiendo la lluvia levanta los ojos al cielo. Pero hay otros, como Cisco Descarrega, a los que les basta ir armados con una varita, sin vocación de cayado, para encontrar un agua más íntima. Menor, porque no se ve, pero enorme cuando fluye.

—¿Cómo quieren el agua? ¿Con vaso o del cántaro?

Nos ha invitado a su pequeña cabaña que le sirve de refugio cuando faena por el campo. Es una cabaña oscura y fresca, que huele a tizones enfriados y a periódicos viejos. El sol cae a plomo más allá de las es-

el diálogo

—¿Cómo sabe que aquí debajo hay agua?

—Lo sé. Cuando se cruzan las varillas, ¿ve?, es el lugar exacto donde hay que perforar el pozo:

—¿Y el péndulo?

—El péndulo es para saber los metros de profundidad a los que pasa el agua. Tantas oscilaciones, tantos metros.

—Si fuera tan sencillo todo el mundo encontraría agua.

—Si fuera tan sencillo la gente no me consultaría a mí.

—¿El sistema es infalible?

—Esto no es cosa de magia. Hay que conocer el terreno, ver por dónde bajan los barrancos, leer la tierra e interpretar la vegetación. Sólo entonces se puede empezar a buscar.

—Pero no hay agua en todas partes.

—No. Pero donde las varillas marcan que hay agua, señal que la hay. No le quepa duda.

trechas ventanas, y el zahorí, como no podía ser menos, nos ofrece el fruto de su trabajo con la sofisticación de darlo en dos versiones: con el tacto urbano del duralex o con el sabor mineral del cántaro. Allí, ante esa agua rescatada, la conversación fluye más allá de los calendarios caducados que cuelgan de las paredes. Estos pueblos que durante siglos han ganado la tierra y el agua de sus terrazas se resisten a abandonarse y a que les abandonen.

—“Volem viure actius”, es una de las frases que expresa la Unió per la Terra Alta. Y eso es fundamental, porque cuando los jóvenes se van del campo ya no regresan.

De vuelta al Casal alguno de esos jóvenes que desean vivir activos en su pueblo confirman esa sensación de ayuntamiento resistente. Probablemente La Fatarella sea uno de los poquísimos pueblos de Cataluña que nunca ha sido visitado por el presidente Pujol.

—Quería venir la jornada de reflexión de las elecciones europeas y le hicimos saber que no era lo más correcto. Por supuesto, no vino.

La tarde va haciendo más transparente el aire de la Terra Alta. Mientras la generación de la acción repasa sus hazañas civiles, la generación de la experiencia guarda sus péndulos y sus varillas y ve el futuro de sus hijos con la misma confianza con la que ve el agua bajo las piedras. Se va calle arriba, con esa varita mágica que en vez de crear conejos prefiere creer en el agua, como un pararrayos de madera que anuncia tempestades subterráneas. En París, en 1968, manos rebeldes escribieron: “Dessous le pavés, c’est la plage”. En La Fatarella, y en 1994, la frase continúa siendo vigente. ●